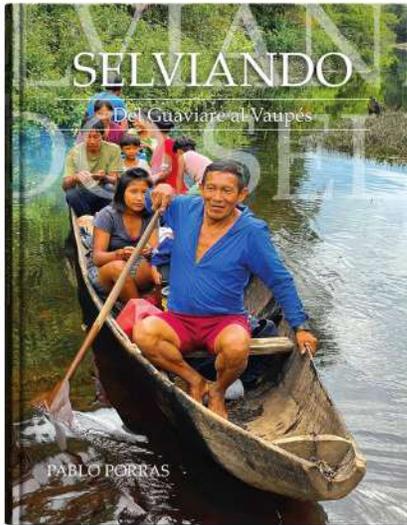


SELVIANDO



pablorras.com



El Amazonas me había sido esquivo por años y no había podido planificar una aventura en su territorio. La invitación de Erik un amigo holandés fue acompañarlo, junto a su familia en el año 2021, a descender el río Vaupés en un bote a motor, desde Carurú hasta Mitú, haciendo paradas en algunas comunidades indígenas y pernoctar en ellas.

Selva adentro las condiciones de vida para los indígenas es diferente a la de los ribereños. San Pedro del Ti era una de ellas. No estaba sobre el gran río y había que navegar el caño Ti subiendo. La realidad allí era otra, como nos lo dijo Diego, uno de sus miembros: «El dinero aquí no sirve de nada, sirven las cosas. Necesitamos municiones y anzuelos, lo demás nos lo da la selva». Según él, la llegada de la energía eléctrica con los paneles solares había traído necesidades impuestas: parlantes, televisores y celulares sin señal.

Mi primer acercamiento a la selva, no pudo ser mejor. Conocí, contado por sus protagonistas, las huellas del conflicto armado, la problemática de los indígenas citadinos con la ingesta de chicha y otras bebidas alcohólicas. La desesperanza y conflictos amorosos como los factores que más influyen sobre las estadísticas de salud mental de la población indígena en el Vaupés, donde se presenta un intento de suicidio por semana; una cifra aterradora, más si se tiene en cuenta que es el departamento menos poblado de Colombia, con solo 50.000 habitantes.

La Colombia que no debe estar oculta.



Características del producto impreso:

230 páginas

453 fotografías

Pasta dura 24 x 33 cm

Papel Propalmate 150 gramos

Registro ISBN 978-628-01-1640-2

SELVIANDO



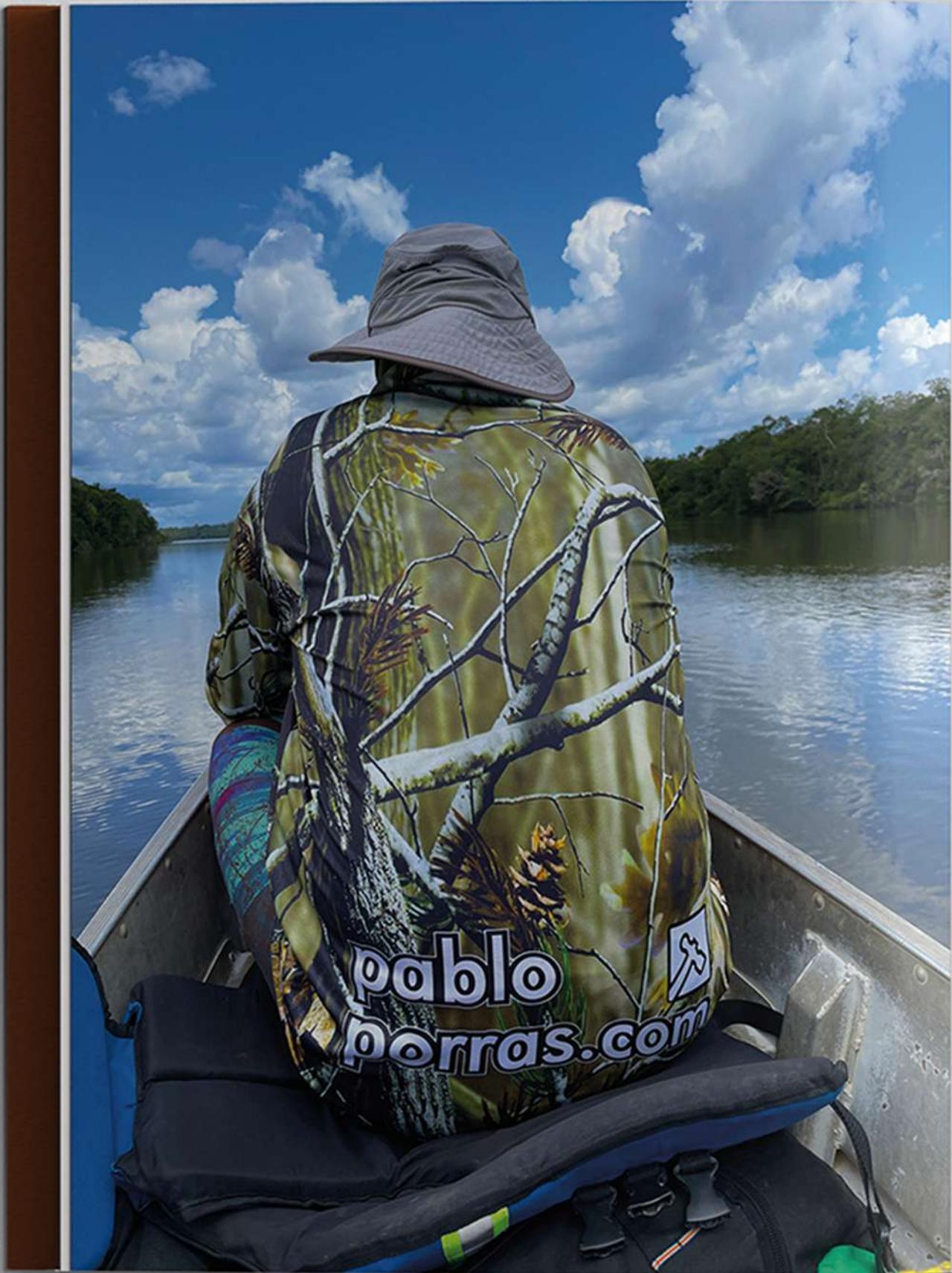
pablorras.com



SELVIANDO



pabloporras.com



PABLO
2023

SELVIANDO



pablorras.com



✧ VIVIR ENTRE EL AGUA

San José, como muchos pueblos ribereños, sufre con las extremas variaciones climáticas características de los ríos de esta zona del país, y pasa fácilmente de la sequía extrema a fuertes inundaciones. Infortunadamente, los menos favorecidos construyen sus casas de madera en zonas consideradas de alto riesgo por la fluctuante anegación de los terrenos colindantes al río. Las casas, montadas sobre altas vigas, que en verano cuentan con hasta quince escalones para subir, muestran en sus paredes de tabla la mancha de humedad que indica el nivel que alcanza el agua en invierno.

Cerca al malecón turístico está el palafítico barrio El Mosquito, por cuyos tablados caminé hasta la casa de María Angélica, que estaba acompañada por su vecina Luz Mery; estas dos mujeres llevan más de quince años viviendo allí y sufriendo las inundaciones anuales del río Guaviare. En sus casas, María Angélica y Luz Mery me señalaron las marcas hasta donde había subido el nivel del agua apenas dos semanas atrás, y me mostraron los daños sufridos por sus enseres. La nevera de María Angélica tenía los bordes inferiores completamente corroídos y había sido instalada provisionalmente sobre cajas plásticas de cerveza. Luego, me señalaron los arcos de la cancha de fútbol ubicada frente a sus casas, a los cuales solo se les veía el poste superior. Como ellas mismas dijeron, vivían en la Nueva Venecia del Guaviare.

A la salida del barrio encontré a Rafael Enrique Zúñiga Figueroa, un barranquillero, rebuscador de profesión, que estaba cosiendo a mano un par de tenis plásticos nuevos, rojos y blancos. Rafael vivía en una humilde casa con su suegra y Rosa, su esposa, quien aprendió el oficio en el SENA y le enseñó. Me quedé a apreciar su laboriosa tarea y me explicó que el agua dañaba el pegante del calzado, por eso reforzaba los zapatos de sus vecinos con costuras. Mientras hablábamos, reparó cuatro pares y me contó las vicisitudes pasadas por cuenta del covid: durante la pandemia los desalojaron de la casa por no poder pagar los 200.000 pesos del arriendo y fueron reubicados en el polideportivo durante tres meses. Al volver a otra casa en el inundado barrio, le dieron la mala noticia de que había sido recategorizado en el grupo del Sisbén C18 —vulnerable— por tener un oficio como cosedor de zapatos y, supuestamente, tener más recursos, perdiendo así todas las ayudas y beneficios entregados por el gobierno. Mientras, Rosa y su suegra mantenían la categoría A5 —pobreza extrema—.

Tras despedirme de Rafael, me encaminé al malecón, donde pasé la tarde viendo a las aves pescar y hablando con algunos pobladores y visitantes que acostumbran esperar el atardecer a orillas del río Guaviare. Claro está, cuando el impredecible clima se los permite. De regreso al hotel, Yuly me facilitó el contacto de uno de los guías, Enrique Rosales, con quien coordiné la salida para el día siguiente a las nueve de la mañana. El plan era viajar hasta la puerta de Orión y la finca Trankilandia.



40

SELVIANDO



pablorras.com

El Tigre bajó de la lancha, la amarró con rapidez y fue en busca de su amigo Morroco, un indígena de sesenta años, su antiguo compañero de andanzas en la selva. Se saludaron efusivamente y el hombre, que vivía solo y se dedicaba a la pesca, nos dio la bienvenida. Su casa, de dos pisos, era de madera, y Morroco nos invitó a conocerla. Tenía un congelador nuevo y orgulloso abrió la puerta para mostrarnos un pavón y un gran bagre al que le había tenido que quitar la cabeza para poder refrigerarlo. Morroco estaba muy agradecido con la instalación de su panel solar, pues le había facilitado la conservación de sus pescados, que vendía en Mitú, su pueblo natal.

La idea era caminar caño arriba hasta unas pequeñas cascadas. Morroco nos fue guiando mientras contaba la historia de unos «gringos» que llegaron a la zona a explorar en búsqueda de oro; para ello tomaron como trabajadores a los miembros de su comunidad, pero los explotaron tanto que estos, un día, se sublevaron y los asesinaron. En tono burlón le dijimos que no se preocupara por Erik, que él solo iba en busca de aventuras y a mostrarle a su familia la verdadera esencia de la selva.

El agua era rojiza, teñida por los taninos de los árboles. Por el lado izquierdo del caño, en algunos trayectos, se podía apreciar una manguera de polietileno que conducía el agua al tanque de la casa. Morroco decía que tenía más de un kilómetro de longitud, pues quería buscar el agua en un sector por donde no tuvieran pasadero los grandes animales, como las dantas y los cajuches —marranos salvajes—, para evitar que la contaminaran con sus heces.

Gran parte del recorrido lo hicimos siguiendo a Morroco, quebrada arriba sobre extensas lajas que facilitaban el avance, hasta llegar a una de las pequeñas cascadas de ese increíble sitio. Al descender, por entre el agua, observamos que se enturbiaba a nuestro paso. Entonces, comprendimos de inmediato lo importante que era para Morroco conducir el agua desde un sitio lejano.





La maloca es la gran casa de cada comunidad indígena, es un espacio ceremonial y algunas veces se usa para ritos funerarios o como vivienda temporal que fue nuestro caso en el viaje. Su construcción es hecha por los miembros de la comunidad y desde allí se planifican los límites del territorio a ocupar, los senderos para caza, pesca, recolección y el establecimiento de las chagras.





*Una travesía por la profunda luz
de la vibrante selva.*



pablorras.com



SELVIANDO



pablorras.com